

La crisis del petróleo

La **crisis del petróleo de 1973** comenzó el 17 de octubre de 1973, a raíz de la decisión de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (que agrupaba a los países miembros árabes de la OPEP más Egipto y Siria), de no exportar más petróleo a los países que habían apoyado a Israel durante la guerra del Yom Kippur, que enfrentaba a Israel con Siria y Egipto. Esta medida incluía a Estados Unidos y a sus aliados de Europa Occidental.

Al mismo tiempo, los miembros de la OPEP acordaron utilizar su influencia sobre el mecanismo que fijaba el precio mundial del petróleo para cuadruplicar su precio, después de que fracasaran las tentativas previas de negociar con las "Siete Hermanas".

El aumento del precio unido a la gran dependencia que tenía el mundo industrializado del petróleo de la OPEP, provocó un fuerte efecto inflacionista y una reducción de la actividad económica de los países afectados. Estos países respondieron con una serie de medidas permanentes para frenar su dependencia exterior.

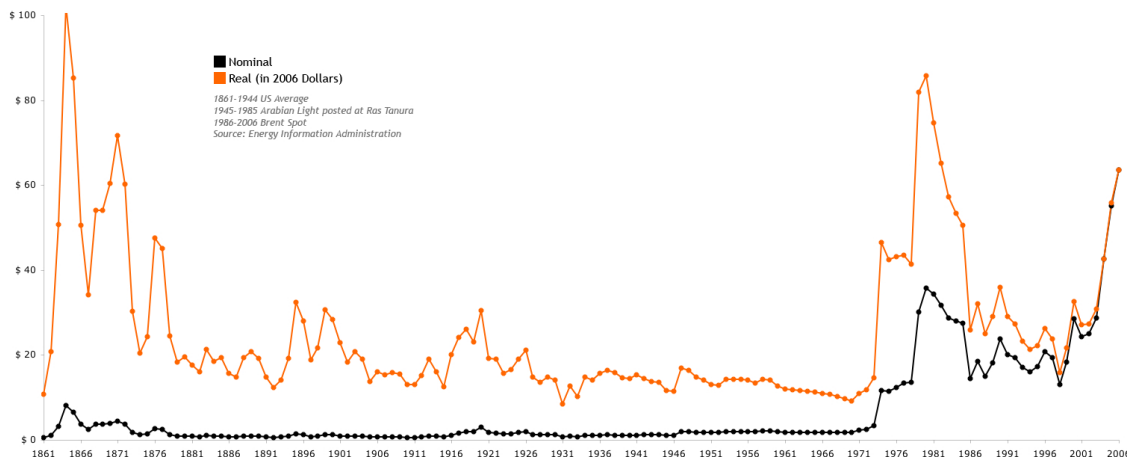


Gráfico de la evolución de los precios del petróleo a largo plazo (1861-2006). La línea naranja muestra el nivel de precios constantes, ajustado según la inflación. La línea negra muestra los precios corrientes.

Antes del embargo, el Occidente industrializado, sobre todo Estados Unidos, solía disponer de petróleo abundante y barato. Las ciudades norteamericanas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, consistentes en enormes núcleos urbanos llenos de casas unifamiliares, dependían del automóvil como principal medio de transporte, de modo que se necesitaba combustible de forma masiva. Entre 1945 y finales de los 70, Occidente y Japón consumían más petróleo que nunca. Sólo en Estados Unidos, el consumo se había duplicado entre 1945 y 1974. Con un 6% de la población mundial, Estados Unidos consumía el 33% de la energía de todo el mundo. Al mismo tiempo, la economía norteamericana mantenía una cuarta parte de la producción industrial mundial, lo cual quiere decir que los trabajadores norteamericanos eran cuatro veces más productivos que la media global, pero a cambio la industria consumía cinco veces más de energía.

El petróleo, sobre todo el procedente de Oriente Medio, se pagaba en dólares estadounidenses, con los precios también fijados en dólares. Durante el mandato del presidente Richard Nixon, el modelo económico norteamericano estaba ya agotado, el crecimiento era nulo, y sin embargo la inflación ya empezaba a ser preocupante. Durante el verano de 1971, Nixon estaba bajo una fuerte presión pública para que actuara de forma

tajante ante este parón económico. Para provocar una caída del precio del oro en los mercados internacionales, Nixon abandonó el patrón oro el 15 de agosto de [1971], finalizando así el sistema Bretton Woods, que había estado en vigor desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El dólar fue devaluado en un 8% en relación con el oro en diciembre de 1971, y se volvió a devaluar en 1973.

La devaluación dio lugar a una creciente incertidumbre económica y política en todo el mundo. A principios de los 70, la caída del dólar trajo consigo también una bajada del precio del petróleo, que se pagaba en dólares. Así se mejoró la situación de las industrias norteamericanas respecto a sus competidoras de Europa y Japón. Pero la desvalorización del dólar provocó también la inquietud de los productores de materias primas del Tercer Mundo, que veían cómo la riqueza que había bajo sus tierras se reducía, y cómo sus activos crecían en una divisa que valía bastante menos de lo que había valido hasta hacía muy poco. Esta situación inauguró una nueva etapa de lucha por el control de los recursos naturales y por un reparto más favorable del valor de estos recursos entre los países ricos y los países exportadores de petróleo de la OPEP.

La OPEP lanzó una nueva estrategia para que las economías industrializadas, que dependían fuertemente del petróleo, fuesen más vulnerables a las presiones del Tercer Mundo. La disminución de la ayuda exterior de Estados Unidos y sus aliados, combinada con la postura pro-israelí que mantenía Occidente en Oriente Medio, acabó encolerizando a los países árabes de la OPEP.

Cambio del patrón oro al patrón dólar

El sistema monetario internacional que se puso en marcha en Bretton Woods otorgó al dólar un papel protagónico: Estados Unidos, poseedor del 80% de las reservas mundiales de oro, fijaba su precio en dólares y se comprometía a comprar y vender el oro que se le ofreciese o demandase a ese precio. Las demás monedas fijaban sus tipos de cambio con respecto al dólar. Los bancos centrales de los países adheridos al sistema se comprometían a intervenir en los mercados de divisas para mantener el tipo de cambio de su moneda.

En la década de los 60 Estados Unidos implantó políticas fiscales y monetarias expansivas, en parte con la intención de financiar la guerra de Vietnam sin aumentar los impuestos. Como consecuencia de esta expansión se generó inflación y el dólar perdió confianza. En 1971 las expectativas de devaluación del dólar provocaron una gran fuga de capitales de Estados Unidos. Algunos bancos centrales europeos intentaron convertir sus reservas de dólares en oro. **Estados Unidos suspendió entonces la convertibilidad del dólar en oro e impuso una sobretasa de 10% a las importaciones.** En un intento por salvar al sistema de Bretton Woods los 10 países más grandes del mundo firmaron en 1971 el "Acuerdo Smithsoniano", en el que se acordó devaluar el dólar y suspender la convertibilidad del dólar a oro. De todos modos, al no haber modificaciones sustanciales en la política norteamericana, la crisis volvió a presentarse con mayor fuerza en 1973, obligando a una flotación generalizada.

Este año, como respuesta a la política monetaria de Estados Unidos, los países exportadores de petróleo provocaron una fuerte subida en los precios que tuvo como consecuencia la generación de una gran masa monetaria (conocida como "petrodólares") cuyo excedente fue a parar a los bancos comerciales internacionales. Éstos necesitaban invertir para poder declarar beneficios y pagar intereses y, en búsqueda de inversiones para sus nuevos fondos, hicieron

préstamos a países en desarrollo sin considerar en qué se utilizaban los préstamos. Gran parte del dinero prestado en este período se gastó en compra de armamento, proyectos de desarrollo a gran escala y, en el caso de América Latina, financiamiento a la represión de las dictaduras.

La deuda externa de los países en desarrollo creció de 180.000 millones de dólares a 406.000 millones sólo en 1975. Entre 1975 y 1979 el monto de la deuda se triplicó.

Con el segundo incremento del precio del petróleo en 1979 (originado por la Revolución Islámica en Irán) volvieron a aumentar los precios de los productos industriales y los tipos de interés real y disminuyeron los ingresos por exportaciones de los países menos desarrollados a consecuencia de la disminución de los precios de los productos primarios y de la reducción del volumen total exportado. Las balanzas de pagos de los países menos industrializados se desequilibraron rápidamente y precisaron de nuevos créditos para hacer frente al pago de los servicios de la deuda. Así empezó una dinámica de hundimiento en la balanza de pagos de los países endeudados que tuvo su punto culminante en 1982 cuando México primero y otros países después, declararon su imposibilidad de hacer frente al pago de la deuda, dando origen a lo que se conoce como la "crisis de la deuda". A pesar de la rápida reacción de los bancos privados, los gobiernos de los países desarrollados y las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs) (FMI, BM) para discutir nuevas propuestas, la alarma se propagó al mercado internacional desencadenando una serie de movimientos especulativos que hicieron aumentar el valor del dólar, incrementando a su vez el valor de la deuda y empeorando la situación. Las únicas alternativas que se les ofrecía a los países deudores para enfrentarse a esta situación eran someterse a medidas financieras restrictivas de ahorro o endeudarse todavía más para financiar el déficit existente.

Una de las medidas más seguidas por los países endeudados fue la renegociación de la deuda con los bancos privados internacionales, intentando alargar los plazos de amortización, así como la reducción de los intereses y la obtención de nuevos créditos favorables. Los bancos, sin embargo, empezaron a exigir condiciones para garantizar la solvencia del pago de la deuda anterior. La principal condición fue que los países endeudados tenían que llegar a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y someterse a sus políticas estabilizadoras (conocidas como los Planes de Ajuste Estructural, PAE) para equilibrar las balanzas de pagos. La crisis de la deuda modificó los objetivos de las instituciones de Bretton Woods. Con la devaluación del dólar en 1971 el FMI había perdido sus principales funciones, ya que los países no tenían más la obligación de mantener fijo su tipo de cambio. A partir de la década del 80 el FMI pasó a ser un agente de intervención rápida en épocas de crisis y un supervisor de las políticas económicas de los países.

El auge de las multinacionales

Las **empresas multinacionales** o **transnacionales** son las que no sólo están establecidas en su país de origen, sino que también se constituyen en otros países, para realizar sus actividades mercantiles tanto de venta y compra como de producción en los países donde se han establecido.

Las **multinacionales** están en capacidad de expandir la producción y otras operaciones alrededor del mundo, así como de movilizar plantas industriales de un país a otro. Los procesos de fusión y las alianzas entre ellas, les permiten alcanzar un creciente poder e influencia en la economía mundial.

Su filosofía tiene un concepto global, mantienen un punto de vista mundial en sus negocios sobre los mercados (clientes), servicios y productos, bajo el cual conciben al mundo entero como su mercado objetivo. Estas empresas se caracterizan por el empleo de trabajadores tanto del país de origen como del país en el que se establecieron.

El término "multinacional" debe entenderse en lo que a mercado se refiere no a la naturaleza de la compañía: de hecho, es habitual que se califique el término "multinacionales" de engañoso y se prefiera llamarlas "**transnacionales**", ya que aunque operen en varios países, su sede y principales directivos, así como el origen de su estrategia y la administración en general, se decide en su país de origen sin ninguna influencia de sus filiales de ultramar. Se argumenta así que por el hecho de que, por ejemplo, McDonald opera en múltiples países no deja de ser una empresa estadounidense y no "multinacional".

De acuerdo a su estructura, las empresas multinacionales pueden ser clasificadas en:

Corporaciones integradas horizontalmente

Tienen bases de producción en diferentes países pero producen el mismo o muy similar producto. (ejemplos McDonald's, United Fruit Company y BHP Billiton)

Corporaciones integradas verticalmente

Principalmente producen en ciertos países bienes intermedios, que sirven de abastecimiento para la producción final en otros países (ejemplo: Timex, General Motors y Adidas)

Corporaciones diversificadas

Producen diferentes bienes o servicios en diferentes centros de producción a nivel internacional. Por ejemplo, Alstom; Altria Group; Novartis (productora de medicinas y otros productos químicos, alimentos, pesticidas, semillas, etc) y Samsung (no solo productos electrónicos pero también industria pesada, entretenimientos, servicios comerciales y financieros, venta al público, etc)

Las empresas transnacionales emplean sólo un 3% de la fuerza de trabajo mundial (y menos de la mitad de estos empleados está en el Sur). En aquellos sitios en los que son contratados, la contienda entre gobiernos para atraer las inversiones de las transnacionales ha provocado una caída espectacular de las condiciones laborales, dando paso a una precariedad que ha perjudicado los derechos de los trabajadores. Y mientras que las grandes corporaciones utilizan su inmenso poder de compra y de acción para coger las riendas de los mercados locales, las compañías locales son literalmente barridas de la escena.

De la misma forma, explotan los recursos existentes en los países (recursos naturales, por ejemplo) sin que, posteriormente, las ganancias que obtienen de tales explotaciones sean reinvertidas en el país sino que son enviadas a la compañía principal ubicada en el país de origen, lo que produce una fuga de dinero hacia otros países que no contribuye a la economía nacional.

Algunos ejemplos de esta explotación es la destrucción de ecosistemas completos por parte de grandes corporaciones mineras y petroleras, los miles de personas muertas en desastres como el de Bhopal, en India.

La III Revolución Industrial

Es un proceso inacabado que tuvo sus orígenes en Silicon Valley (California), en donde Hewlett y Packard desarrollan las primeras empresas protagonistas de este proceso.

Desde 1945 en EE.UU. se introducen cambios en la ciencia y la economía que transformarían al conjunto de la sociedad, estas transformaciones se acelerarían a partir de 1973 por la crisis económica y petrolera.

Podemos señalar las principales características de la Tercera Revolución Industrial:

1. La ideología dominante de este proceso es el neoliberalismo, representado por Hayek y Friedman.
2. Se utilizan nuevas fuentes de energía como la nuclear y otras alternativas o limpias.
3. Surgen nuevas industrias (nucleares, electrónicas, informáticas, farmacéuticas, etc.)
4. Las empresas son del tipo multinacional o volátiles con grandes inversiones en I + D.
5. El sistema de trabajo está basado en la robotización, el automatismo y en la microelectrónica y la miniaturización de máquinas.
6. Los inventos característicos de este proceso son el ordenador y sus derivados.
7. Las telecomunicaciones ocupan un lugar principal entre las actividades.
8. La comercialización de productos está determinada por la mundialización de la economía.
9. Los países más avanzados son los EE.UU., Japón y los de Europa, a los que van alcanzando China, Brasil, los tigres asiáticos, etc.
10. El principal sector económico es el terciario o sector servicios, aunque el sector secundario renovado mantiene su peso específico.
11. La agricultura está determinada por la biotecnología y la agricultura tecnológica.
12. Envejecimiento poblacional en los países del centro y explosión demográfica en la periferia con grandes migraciones S-N.
13. El capital está controlado por empresas tecnócratas con inversiones muy diversificadas.
14. Se da cierta crisis sindical en el movimiento obrero.

Keynesianismo

Economía keynesiana, o **Keynesianismo**, teoría económica basada en las ideas de John Maynard Keynes, tal y como plasmó en su libro *Teoría general sobre el empleo el interés y el dinero*, publicado en 1936 como respuesta a la Gran Depresión en los años 1930.

La economía keynesiana se centró en el análisis de las causas y consecuencias de las variaciones de la demanda agregada¹ y sus relaciones con el nivel de empleo y de ingresos.^[1] El

1 La demanda agregada representa la cantidad de bienes y servicios que los habitantes, las empresas, las entidades públicas y el resto del mundo desean y pueden consumir del país para un nivel determinado de precio. La curva de demanda agregada tiene pendiente negativa: si suben los precios la gente querrá comprar menos y si bajan querrán comprar más.

Cambios que desplazan la Demanda Agregada de su curva original:

- una política fiscal.- cuando el gobierno trata de influir sobre la economía mediante el gasto que realiza o ya sea mediante la modificación de impuestos o transferencias.

interés final de Keynes fue poder dotar a unas instituciones nacionales o internacionales de poder para controlar la economía en las épocas de recesión o crisis. Este control se ejercía mediante el gasto presupuestario del Estado, política que se llamó política fiscal. La justificación económica para actuar de esta manera, parte sobre todo, del efecto multiplicador que se produce ante un incremento en la demanda agregada.

Neoliberalismo

El término **neoliberalismo**, proviene de la abreviación de *neoclassical liberalism* (liberalismo neoclásico), es un neologismo que hace referencia a una política económica con énfasis tecnocrático y macroeconómico que considera contraproducente el excesivo intervencionismo estatal en materia social o en la economía y defiende el libre mercado capitalista como mejor garante del equilibrio institucional y el crecimiento económico de un país, salvo ante la presencia de los denominados fallos del mercado.

¿Qué es la financiarización?

(por Alberto Garzón)

Desde los años setenta se ha producido una radical transformación en la relación entre el sistema financiero y el sistema productivo, lo que ha tenido importantes consecuencias en todos los planos del sistema económico capitalista. Las formas de financiación de todos los agentes económicos han cambiado no sólo en su cuantía sino también en su naturaleza, y en última instancia todas estas transformaciones se han acabado materializando conjuntamente en distintas crisis financieras y económicas, cuya superación conlleva siempre un altísimo coste económico y social.

La función primordial que ha realizado tradicionalmente el sistema financiero dentro del sistema económico capitalista es la de canalizar los recursos ahorrados por los agentes económicos con superávit hacia las empresas que quieren invertir o hacia los hogares que quieren consumir por encima de sus recursos propios. Dentro de este esquema los bancos han sido los actores principales al funcionar como intermediarios financieros, recogiendo fondos ahorrados en forma de depósitos y destinándolos a la inversión y al consumo en forma de préstamos. Sin embargo, en las últimas décadas los cambios en la configuración de la economía mundial han provocado una serie de transformaciones que han afectado a este modo de funcionar, desvirtuándolo e introduciendo nuevos actores y mecanismos.

Las reformas estructurales llevadas a cabo a partir de la década de los setenta, así como el final de Bretton Woods, dieron inicio a un nuevo contexto internacional donde el ámbito financiero comenzó a dominar y determinar el funcionamiento del ámbito productivo. Esta nueva

-
- una política monetaria.- a través de la oferta monetaria o de las tasas de interés, cuanto mayor es la cantidad de dinero, mayor será la demanda agregada; o si aumenta la tasa de interés disminuye la demanda agregada.
 - por factores internacionales como el tipo de cambio y del ingreso del exterior
 - por expectativas futuras en el ingreso, en la inflación.

configuración de las relaciones entre el sistema productivo y el sistema financiero es el pilar de lo que muchos autores han llamado la financiarización. Sin embargo, no puede entenderse este fenómeno sin atender a los procesos constitutivos del mismo y los sujetos que se encuentran detrás. No en vano, la financiarización es un proceso alimentado por la ideología neoliberal y que se ha consolidado gracias a las políticas económicas y monetarias llevadas a cabo por los distintos gobiernos y bancos centrales.

Para comprender el origen es necesario remontarse a finales de los años sesenta, cuando la baja rentabilidad ofrecida por el sistema productivo provocó una crisis estructural que dio lugar a fuertes procesos inflacionarios. La inflación tenía como consecuencia fundamental la erosión de los patrimonios financieros, ya que bajo su efecto los prestatarios salen beneficiados y los prestamistas perjudicados, de modo que las clases más pudientes y con más ahorros financieros sufrieron con mayor intensidad los efectos de la inflación. La ideología neoliberal, tras la cual se parapetaron las clases más acomodadas y que tomó forma primeramente en los gobiernos de Pinochet, Reagan y Thatcher, supo dar respuesta a esta situación a través de la imposición de altísimos tipos de interés que provocaron dramáticos incrementos del desempleo y bajos niveles de crecimiento económico y tuvieron un impacto durísimo en las deudas externas contraídas por los países subdesarrollados.

A partir de ese momento todas las reformas políticas, económicas y monetarias han estado encaminadas a garantizar esta nueva configuración económica en la que las finanzas predominan sobre lo productivo. Las reformas políticas condujeron a las autonomías de los bancos centrales, que pasaron a preocuparse únicamente por los procesos inflacionarios y dejaron de lado problemas económicos como el empleo o la desigualdad. Dirigidos por tecnócratas, los bancos centrales logran mantenerse a salvo de los poderes públicos asestando así un duro golpe a la democracia. Las reformas económicas han estado orientadas a reformar el mercado laboral con el objetivo de controlar los salarios (a los que se culpa principalmente de la inflación) y recuperar las tasas de ganancias productivas, así como a desregular los mercados tanto del sistema productivo como del sistema financiero. Y las políticas monetarias, siempre en conjunción con las anteriores, se han movido siempre buscando garantizar tipos de interés reales positivos.

Como consecuencia de todo ello, el sistema financiero ha comenzado a arrojar mayores rentabilidades que el sistema productivo. Las desregulaciones en el mercado financiero han ensanchado los espacios de valorización, y los capitales se han dirigido fundamentalmente hacia el mercado financiero y han dejado así de fluir progresivamente hacia el ámbito productivo. Resultado de ello es el aumento de la liquidez en el ámbito financiero y la generación de episodios regulares de burbujas financieras que han permitido sostener el crecimiento económico hasta que han estallado y devenido en crisis.

Ese diferencial de rentabilidades entre el ámbito productivo y el ámbito financiero también provoca que las empresas prefieran financiarse en los mercados de capitales, emitiendo bonos o acciones, antes que vía préstamos bancarios, así como también que los hogares apuesten por destinar sus ahorros a los mercados bursátiles en vez de mantenerlos en forma de depósitos. Como consecuencia, los bancos han tenido que adaptarse a esta nueva situación y han abierto nuevas líneas de actividad financiera que incluyen la gestión de fondos de inversión colectiva y la masiva recogida de capitales provenientes de otros fondos de la misma naturaleza o de los ciudadanos a través de estrategias más agresivas. Aquí encontramos, por

ejemplo, una de las razones clave para entender la crisis de las hipotecas subprime originada en el verano de 2007.

Los inversores institucionales (fondos de pensiones, fondos de inversión, compañías de seguros) han crecido enormemente en los últimos años, y se caracterizan por recoger capitales de otros inversores institucionales, fondos colectivos o particulares y destinarlos al mercado financiero en busca de espacios donde puedan revalorizarse.

De entre los mismos destacan en particular los fondos de pensiones, que son el resultado de las privatizaciones parciales o totales de los planes de pensiones públicos (práctica en la que fue pionero Chile bajo la dictadura de Pinochet y el asesoramiento de los “Chicago Boys”) y de las menores contribuciones a los mismos como consecuencia de los menores salarios reales propios de las últimas décadas.

También cobran importancia los fondos alternativos (fondos de cobertura, fondos de capital riesgo, fondos soberanos...), que tienen un carácter puramente especulativo (los fondos de cobertura, por ejemplo, estuvieron prohibidos en Alemania hasta 2004) y gran capacidad de apalancamiento (operando y especulando con préstamos, con lo cual el riesgo sistémico es mucho más elevado). Los fondos de capital riesgo se constituyen para la compra de empresas, su posterior reestructuración (proceso que puede incluir el despido de los trabajadores, la optimización de los procesos organizativos de la empresa, la diversificación de sus actividades o sencillamente el cambio de nombre) y su final venta o salida en bolsa con la que obtienen sus beneficios.

Otros actores importantes son los fondos de riqueza privada, que se forman como fondos de las personas más ricas del mundo y que han aumentado en cantidad como resultado del crecientemente desigual reparto de la renta y en particular por las sucesivas reformas fiscales que han disminuido el carácter progresivo propio de los sistemas impositivos.

Por otra parte, los hogares han visto mermada en las últimas décadas sus rentas provenientes del trabajo, esto es, los ingresos salariales. Pero han logrado sostener el consumo gracias tanto a las rentas financieras, derivadas de las inversiones financieras en acciones o más generalmente en los inversores institucionales, como a un fuerte endeudamiento. Como consecuencia, en períodos de estallido bursátil la renta neta se ve perjudicada por el descenso de las rentas financieras, mientras que el mantenimiento de las deudas compromete seriamente el consumo y, por lo tanto, el esquema completo del capitalismo financiarizado.

Las empresas también han cambiado de naturaleza en los últimos tiempos como consecuencia de los efectos de la financiarización. Dado que uno de los mercados financieros donde los agentes financieros (bancos, inversores institucionales, etc.) invierten capital en busca de su revalorización es el mercado bursátil, donde se venden y compran acciones que otorgan derechos sobre la propiedad de las empresas, una nueva lógica ha inundado la actividad de las mismas. Más preocupadas por la creación de valor bursátil, a través de las presiones de sus accionistas, que por las estrategias productivas a medio y largo plazo, las empresas que cotizan en bolsa han quedado bajo el dominio de lo financiero.

Para alinear los incentivos de los directivos y los accionistas, nuevos instrumentos financieros como las “stocks options” han conseguido sutilmente que toda la gestión empresarial esté

enfocada única y exclusivamente a la creación de valor. Y dado que la extensión de los agentes financieros es espectacular, la presión de la competencia obliga a todas las empresas a sucumbir ante este tipo de comportamiento, que muchas veces incluye prácticas que transgreden la legalidad establecida. Los casos de contabilidad creativa, por ejemplo, no son sino el resultado de este tipo de lógica que presiona a las empresas a maximizar el valor creado en el menor plazo posible. Para más inri, muchas de las operaciones que estas empresas realizan (por ejemplo utilizando vehículos de inversión) tienen lugar en paraísos fiscales donde no existen regulaciones ni nacionales ni internacionales.

La presión de los accionistas, además, no sólo se limita a la creación de valor bursátil sino también al reparto de dividendos, de tal forma que la reinversión productiva (la parte de los beneficios que se destinan a reproducir la actividad productiva) es la que sale perjudicada en este nuevo esquema de funcionamiento.

En definitiva, este nuevo marco de funcionamiento de la economía revela que el capitalismo ni siquiera es capaz de asegurar su propia supervivencia y que el sistema financiero no está ejerciendo su función, crucial, en el mismo. Precisamente para evitar esto último se hace necesario crear mecanismos públicos, libres de la presión de la competencia, que aseguren al sistema productivo los flujos de capitales que necesita. Si el sistema financiero sigue ofreciendo rentabilidades más altas que el sistema productivo será imposible evitar que la actividad económica quede subsumida en procesos de especulación y crisis.

Esto no significa, no obstante, que la salida a la crisis vaya a venir por la izquierda. Es posible y, dada la relación de fuerzas actual, muy probable una nueva regresión social en forma de reformas laborales que contraigan aún más los salarios a favor de los beneficios empresariales. Dichas medidas pueden servir para recuperar las tasas de ganancia en el sector productivo, mientras que probablemente los mercados emergentes pueden dar espacio aún para que la producción encuentre salida a pesar de los bajos salarios en los países desarrollados. En todo caso esta segunda salida no será sino una huída hacia delante con consecuencias aún más desastrosas que hay que evitar desde ya.

Mundialización de la economía y pérdida de soberanía de los estados nacionales

(por Fernando López Casado)

Para definir la situación actual se habla de globalización o mundialización, fenómeno que refleja una doble realidad: internacionalización de los mercados de bienes y factores de producción, y existencia de compañías industriales que planifican su desarrollo y despliegan su estrategia de producción, comercialización y gestión a escala mundial. Esta tendencia a la mundialización a través de la internacionalización del capital, y la superación de las fronteras políticas, como respuesta a las necesidades de la reproducción capitalista, no es nueva y sigue un curso imparable. No obstante, a partir de los años 80 el proceso se ha acelerado. La desregulación nacional e internacional de los mercados financieros y el desarrollo tecnológico que hace posible la gestión del capital a escala mundial, ha redundado en una circulación incontrolada de capital y en un incremento de la inversión especulativa en busca de

"beneficios elevados, fáciles y a corto plazo". Todo ello ha dado como resultado una situación en la que "lo financiero devora lo real", en otras palabras, una hipertrofia de la superestructura financiera, cada vez más separada de la marcha de la economía real.

Por otro lado, la producción de riqueza a escala mundial no sólo ha alterado el poder de los estados, sino que tiende a desestabilizar los sistemas productivos nacionales. En un discurso reciente, L.A. Rojo, hacía balance de las presiones que unos mercados potentes e integrados podían ejercer sobre las políticas económicas nacionales, sobre los tipos y sistemas de cambio, sobre los precios de los activos financieros, e incluso, la acentuación de desequilibrios, y sentenciaba que se había producido "un desplazamiento de poder desde los Gobiernos a los mercados", cuyo principal efecto había sido la pérdida de soberanía en materia de política económica. Los gobiernos, a su juicio, habían reducido los controles a las transacciones de capital, respondiendo a las tesis liberales tendentes a aumentar la eficiencia de los mercados financieros, pero, también, como reconocimiento de su incapacidad para evitar que las innovaciones financieras eludieran los controles e intervenciones estatales.

Esta tendencia a la mundialización, engloba, pues, dos elementos profundamente interrelacionados: un componente objetivo de carácter económico y un proyecto político. El primero se enmarca dentro de la mundialización de la producción y de los flujos financieros y se sustenta, a nivel teórico, en lo que se ha denominado "pensamiento único", cuyas bases descansan en la defensa del mercado, sobre todo el financiero, como determinante del movimiento general de la economía, y cuya pieza clave se asienta en un nuevo culto: la competitividad. De tal suerte que la supervivencia, seguridad, crecimiento, bienestar económico y social, autonomía e independencia política, son inviables si no se cumple su "evangelio". En materia de política económica, y coherentemente con este discurso, se propone una mayor desregulación y liberalización de la economía, y una apuesta por la privatización.

Con respecto al segundo, son muchos los autores que han llamado la atención sobre los efectos de la mundialización sobre lo nacional como referencia y sobre la deserción del poder de la esfera de lo político hacia el ámbito económico, esgrimiendo el viejo discurso de la soberanía. Entre otros, Cohen ha subrayado que los rasgos típicos que definían el estado-nación como hasta ahora se entendía -instauración de una autoridad central, homogeneización del territorio, idea de frontera, efectos institucionales del ejercicio de la soberanía- están totalmente en entredicho. Este hecho es más evidente, si cabe, en el terreno de lo monetario. Si la moneda, tal como señala el propio autor, en tanto "confianza acuñada", era el "bien público" por excelencia, como factor de unificación del mercado territorial y de homogeneización de precios y cambios en un ámbito nacional; en el marco de una economía abierta, el mercado se convierte en árbitro entre las monedas y obliga a las autoridades monetarias a renunciar a su poder discrecional sobre los cambios.

Según esto, si la riqueza se produce a escala planetaria y el comercio salta las fronteras, difícilmente puede mantenerse un pacto sustentado en el estado nacional. La posibilidad de sustraerse a las decisiones de los estados que conlleva la atribución de recursos a través de empresas transnacionales ha dado lugar al desmantelamiento del contrato social base del desarrollo económico y político de las sociedades occidentales.

El objeto de estas líneas es analizar, siguiendo a Hirschman, los rasgos más sobresalientes de este discurso y determinar los efectos de los cambios en la concepción de la riqueza y de su producción a escala mundial sobre las posibilidades de los estados de establecer reglas por encima de los mercados.

La Globalización como proyecto económico: la lógica de la reproducción capitalista

Una de las características permanentes del capitalismo es la de ampliar sin cesar la producción y desarrollarse más allá del marco nacional. Si tras la Segunda Guerra Mundial, el retroceso de las fuerzas del mercado en el seno de los estados nacionales se vio compensado por su dominio en el ámbito internacional; la erosión de los márgenes de beneficio, a partir de los años setenta, conduce a un proceso de desreglamentación a escala mundial y a la pérdida por parte del Estado de su papel central y de su capacidad para definir el marco de referencia de una actividad económica mundializada. Este viraje va acompañado de un cambio ideológico que transforma al Estado de garante del funcionamiento de la economía en competidor y parte del problema. Fruto de esta nueva concepción, a partir de los años ochenta, y bajo la égida de Friedman, Hayek y Lucas, los gobiernos han liquidado inversiones improductivas y recortado presupuestos sociales.

El nuevo escenario de globalidad ha tenido consecuencias fundamentales tanto sobre el modelo de sociedad cuanto sobre la capacidad de respuesta del marco teórico existente para explicar la nueva realidad. En la esfera teórica, el "neoclasicismo global" ha extendido el certificado de defunción del paradigma keynesiano, o "modelo nacional", imperante en el pensamiento económico hasta finales de los años setenta. Este modelo otorgaba al gobierno el protagonismo de la política económica a nivel nacional y propugnaba una progresiva liberalización comercial para favorecer el comercio internacional de bienes y servicios, pero, la restricción de la movilidad del capital se consideraba una condición necesaria para poder llevar a cabo con éxito una política efectiva. Para el neoclasicismo global, la unidad del análisis no es ya la nación sino el mundo entero. En su versión más extrema, supone que hay un único mercado y un único precio para los bienes y para los factores de producción, de tal manera que tipos de interés, salarios y precios de los bienes tenderán a igualarse en todo el mundo. Según este enfoque, cualquier país que pretenda desviarse de la lógica del mercado mundial lo hará en detrimento propio.

Bajo este prisma territorial, la propiedad del capital ya no es un hecho trascendente, cual era bajo la lógica nacional, lo importante es su localización. Así pues, y en aras de la competitividad, el capital se desplazará a lugares más "benignos", desde aquellos donde los salarios sean más altos, la carga impositiva sea mayor, o donde se pretendan regular los mercados financieros. Si su sector financiero pierde competitividad, el capital exterior fluirá hacia otros países en los que la libertad de actuación sea total. Ganar competitividad obliga necesariamente a desregular. No obstante, se arguye, la pérdida de autonomía en la política nacional se ve compensada con la obtención de beneficios si se es disciplinado a sus dictados.

El libre comercio como objetivo y la competencia como regulador del sistema son las dos ideas claves de este modelo. El libre comercio, siguiendo la tesis ricardiana de las ventajas comparativas, remosada por la ley de las proporciones de los factores de Hecksher-Ohlin-Samuelson 14, y la plena movilidad de los capitales (asignación más eficiente del ahorro y la inversión mundial, difusión rápida de la tecnología), son, en el discurso dominante, la mejor vía para alcanzar los niveles máximos de bienestar. En contraste con la visión keynesiana, el principal mensaje de la visión neoclásica es la inevitabilidad de las consecuencias del mercado y la impotencia de los gobiernos. Para el "neoclasicismo global" la política económica no tiene ningún papel, salvo garantizar la libre competencia.

La "tiranía" de lo monetario y la pérdida de soberanía

En el mundo de hoy también se puede establecer una estrecha relación entre la estabilidad de la riqueza y la estabilidad del poder político. El proceso de mayor flexibilidad en las economías

y, paralelamente, menor grado de autonomía de las políticas nacionales ha tenido un gran beneficiario, el mercado financiero, cuyo desarrollo se ha debido, amén de su agilidad, sofisticación y flexibilidad muy superiores al resto de los mercados, a su capacidad para eludir las restricciones de las políticas nacionales.

Los poderosos movimientos especulativos, sustentados en la creación de nuevos mercados y la mejora y ampliación de los ya existentes han convertido la soberanía de decisión de los Gobiernos en una "Soberanía condicionada o tutelada". El mercado financiero se convierte en el "sujeto de soberanía" y en "vigilante de la buena conducta de los gobiernos". En definitiva, son los mercados financieros y cambiarios los que señalan la conformidad o inconformidad, a través de sus actuaciones sobre los tipos de cambio y de interés, sobre la evolución y expectativas de las economías nacionales y los gobiernos están cada vez más sometidos a sus decisiones. El poder público, se arguye, poco puede hacer ante una política de localización y deslocalización de la actividad, sustentada en criterios de eficacia micro-económica y en pleno divorcio entre el espacio económico universalizado y el espacio político nacional.

Ante esta limitación de los estados nacionales frente al proceso de globalización financiera, muchos autores han propuesto establecer un conjunto de medidas que los mercados no pudieran soslayar con facilidad y que lograran desalentar la especulación cambiaria sin dañar seriamente las operaciones no especulativas. Greenspan ha sugerido la vuelta al patrón oro, Tobin ha propuesto establecer un impuesto a la circulación de capitales, y Delors frenar la velocidad de circulación del capital en los mercados de cambios. Rubén Mendez, recogiendo la idea de Tobin, ha planteado la creación de una "Bolsa mundial de divisas" y la formación de un organismo internacional público afiliado al sistema de las Naciones Unidas, con la intención de gravar una parte de las rentas generadas por las actividades comerciales transaccionales y destinar los beneficios a programas de mantenimiento de la paz, de desarrollo, protección del medio ambiente y proyectos sociales.

De lo que no cabe duda, como ha puesto de manifiesto Sindic, es de la necesidad de establecer fuertes políticas industriales nacionales con objeto de oponerse a la lógica librecambista de los grupos multinacionales, de revisar las políticas e instituciones dominantes, y de crear un nuevo sistema de regulación de los intercambios que garantice los productos nacionales. Los gobiernos tienen, pues, una amplia tarea para re-regular los mercados (restablecer el control sobre los movimientos de capitales; gravar las utilidades especulativas; eliminar los paraísos fiscales); pero, paralelamente, como subraya Petrella, "hay que desarmar la economía". Hay que "desvalorizar la competitividad" y los indicadores que constituyen el abc del "pensamiento" económico -índice de crecimiento del PNB, de la productividad del trabajo, de la competitividad de las empresas, de las economías nacionales o de las regiones- que alimentan la cultura de la guerra económica. Desmontar, en definitiva, los dos elementos clave del discurso dominante: el imperativo de la competitividad en tanto que ideología de legitimación de un economicismo mercantil vulgar, y la idea de racionalidad que la mundialización de la economía ha conferido a las acciones y estrategias de las empresas multinacionales.

